

peñas é injustas persecuciones de los judíos, pues no les faltaria el socorro de lo alto. Señalóles el paraje y dia en que era su voluntad hallarlos reunidos; este era el cuadragésimo después de su resurreccion; pero sin darles á entender el grandioso suceso que en él debia verificarse. Es muy verosímil, dice san Agustin [1], que en estos cuarenta dias apareciese el Señor con mas frecuencia á su Madre, á la Magdalena y á las piadosas mujeres, porque era tan vehemente la impresion de pena y tristeza que en ellas habia hecho su pasion y muerte, que necesitaban mayores consuelos: y acaso (añade) acompañaban á Jesús en estas visitas muchos santos padres, especialmente Abraham y David, á quienes se habia hecho una especial promesa de su venida al mundo, los que irian para ver aquella excelentísima hija suya, Madre del Salvador que para ellos y para todos los demás habia hallado la gracia y concebido al Redentor; aunque ellos no fuesen vistos de las personas á las que visitaban. ¡Oh! ¡con cuánta alegría mirarian aquella purísima criatura, y con cuánta reverencia se inclinarian ante ella viéndola tan querida y amada de Dios! ¡Oh! ¡cuánta veneracion les infundiria el conocimiento de la caridad inmensa de Jesús, que después de tantos años, después de tantos trabajos y aflicciones, después de tan cruel, ignominiosa y acerba muerte, pudiendo volver inmediatamente triunfador al trono de su gloria, y consolar y confortar á sus apóstoles por ministerio de sus ángeles; quiso conversar familiarmente con ellos por espacio de cuarenta dias, y comprobarles de muchos modos y maneras su resurreccion! Sobre lo que dice el venerable Beda [2]: Se dignó persuadir el Señor la certeza y la verdad de tan importante misterio por medio de muchos milagros, para la edificacion de la fe, y para arrancar de raiz la perfidia de todos los corazones. Para dar á conocer que estaba en todo lugar presente por su divinidad y que deseaba saciar los deseos de todos los buenos, hizo tan frecuente su manifestacion corporal después que hubo resucitado de entre los muertos. Y san Gerónimo añade [3]: Manifestó la inmortalidad á los mortales para que le tributemos todos

[1] Div. August. in cap. 20 Joann.

[2] Ven. Bed. Serm. de Resurrectione Dñi.

[3] Hieronim. in cap. 16 Marc.

CAPITULO XXX.

DEJASE VER JESUS POR ULTIMA VEZ DE TODOS SUS APÓSTOLES Y DISCÍPULOS EN JERUSALEN, Y DESPUES DE HABER CONVERSADO Y COMIDO CON ELLOS LOS CONDUJO HACIA BETHANIA, DONDE BENDECIENDOLES SE ELEVÓ MAJESTUOSAMENTE A SU VISTA Y SUBIÓ A LOS CIELOS CON SU PROPIA VIRTUD Y PODER.

No estaba lejos el dia en que debian tener su total cumplimiento los oráculos de los antiguos profetas, y en que habian de verificarse todas las promesas que el Salvador divino habia hecho á sus apóstoles y discípulos: en las diversas ocasiones que les habia aparecido les habia explicado mas claramente, pero segun la medida de su capacidad, los misterios de la religion de que habian de ser predicadores, y cuando segun la disposicion de los eternos consejos la hubo conducedo su Majestad al grado de perfeccion necesaria, de modo que ya no necesitaba mas que la uncion del Espíritu Santo, determinó subirse al cielo, desde donde habia prometido enviarlo.

En la última aparicion que habia verificado en Galilea á sus discípulos les mandó volbiesen á Jersalen sin temor á las violencias, tro-

la debida accion de gracias, entendiendo lo que fuimos y sabiendo lo que hemos de ser.

Persuadidos los apóstoles hasta el convencimiento de la verdadera resurreccion de Jesús, regresaron á Jerusalem en virtud de las instrucciones que de él habian recibido, firmemente persuadidos del cumplimiento de sus ulteriores promesas. Llegado el dia determinado hácia la hora de medio dia, entró el Señor en la casa de Jerusalem, donde los once asentados en la mesa esperaban su llegada. Les saludó con su natural y eterna amabilidad y dulzura, les deseó y les dió la paz; y si bien lo adoraban al punto que lo vieron, algunos de los discípulos persistieron en sus dudas. Aunque esta tardanza de los discípulos en dar crédito á la resurreccion del divino Maestro fué de muy grande provecho y utilidad para toda la Iglesia, era siempre en ellos una falta muy reprehensible é inexcusable, atendidas las repetidas promesas que les habia hecho de su resurreccion, añadiendo en confirmacion de ellas innumerables milagros; por esta razon le reprobó, reprendió y condenó el Salvador, y con esta prudencia trocó sin sentir sus corazones, convirtiéndolos en apóstoles llenos de fe capaces de llevar la luz de la fe hasta las extremidades de la tierra, y de predicar la doctrina de la salud y las máximas santas del Evangelio á la presencia de todos los tiranos del universo.

Trataba el Señor á sus discípulos con la ternura de un verdadero Padre y con todas las efusiones de su inmenso amor; por lo que durante la comida les habló familiarmente é hizo memoria de todas las verdades que les habia anunciado, de todas las maravillas que habian visto, y de todas las órdenes que les habia dado; y para que no se les olvidase la grandiosa é importantísima mision para que los habia elegido y á la que les destinaba, les dijo otra vez: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura.* Yo que soy el Rey Omnipotente de quien dependen y á quien están sujetos todos los reyes de la tierra: yo que soy el Criador de los cielos y de la tierra, y que por lo mismo son mias todas las cosas y puedo disponer de todas ellas; yo que vencí al fuerte armado, y que con uno solo de mis ministros destruyo el poder de todos los tiranos del universo, y sepulto en los cóncavos profundos de los mares los gi-

netes y los caballos; yo soy el que os digo que marcheis por todo el mundo; los montes se allanarán á vuestra vista, las colinas os abrirán paso, las torres y almenas se os inclinarán, se doblegarán las murallas, y las puertas de las ciudades se os abrirán; nada temais. Mio es el universo, id por todo él, yo os lo mando. *Predicad el Evangelio:* esto es, la verdad, la doctrina santa que yo os he enseñado. Destruid las costumbres perversas, anatematizad la mentira, condenad la incredulidad y el error. Enseñad á los hombres que es estrecha la senda que conduce á la vida; espaciosa y ancha la que lleva á la perdicion: que el reino del cielo no se consigue sino con la mortificacion y con la cruz, no con el descanso y el deleite; y en fin, que la doctrina de Cristo crucificado es enteramente contraria á la del mundo que le crucificó. *Predicadlo á toda criatura.* Al judío y al gentil, al pagano y al idólatra, y á toda nacion que hay bajo la capa del cielo. Á todo se extiende vuestro deber y el ministerio que os confío. Vosotros me servireis de testigos, yo cuento con la fidelidad de vuestro testimonio, y vosotros experimentaréis la de mis promesas.

El que creyere y fuere bautizado se salvará, y el que no creyere se condenará. La salud se promete á los que creen, la condenacion á los incrédulos; porque el Señor que perdona la maldad y disimula la rebeldía de su pueblo, no retuvo para siempre su enojo, porque ama la misericordia. Volverá á apiadarse de nosotros, destruirá nuestras iniquidades, y arrojará en el profundo del mar todos nuestros pecados [1]. Porque escrito está: De Sion vendrá el Redentor que ha de borrar la impiedad de Jacob [2]. A este dan testimonio todos los profetas, de que todos los que en él creyeren, recibirán perdon de los pecados por su nombre [3]. El que confesare con su boca al Señor y creyere en su corazón que Dios lo resucitó de los muertos, será salvo; pues dice la Escritura: Todo aquel que en él creyere no será confundido [4], y todo el que invocare el nombre del Señor, se salvará. Mas ¿cómo invocarán aquel en que

[1] Miqueas. cap. 7, vs. 18 et 20.

[2] Isaías. cap. 59, v. 20.

[3] Actor. cap. 10, v. 45.

[4] Isaías. cap. 28, v. 16.

no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel, del cual nada oyeron? y ¿cómo oirán si no hay quien les predique? y ¿cómo predicarán si no fueron enviados [1]? Vease pues porqué dijo el Señor á sus apóstoles: *Id por todo el universo, predicad el Evangelio á toda criatura; el que creyere y fuere bautizado se salvará, y el que no creyere se condenará.* Pero es preciso advertir, dice san Gregorio [2], que acaso dirá alguno dentro de sí mismo: Yo ya creí, por consiguiente me salvaré. Dice verdad, añade el santo doctor; pero es preciso que las obras correspondan á su fe; porque la fe es aquella que no contradice con las obras lo que afirman las palabras, y practica con las obras aquello mismo que cree. Por esto dijo Santiago [3]: ¿Da qué servirá, hermanos míos, el que uno diga tener fe, si no tiene obras? ¿Por ventura á este tal la fe podrá salvarle? Así como el cuerpo está muerto sin el espíritu, así la fe tambien está muerta sin buenas obras.

Para que se conociese pues cuáles eran los que tenían viva y verdadera fe, les añadió el Salvador: A estos les concederé la potestad de hacer milagros, con la cual echarán en mi nombre los demonios de los cuerpos; hablarán las lenguas que jamás supieron; harán morir las serpientes y dragones mas ponzoñosos; no les dañará el veneno que les den á beber, por mas activo que sea, y con solo poner las manos sobre los enfermos sanarán todas las enfermedades. Estos milagros se prometen á la viva fe. En las manos del que posee esta preciosísima virtud y se fia de la palabra de Dios, deposita el Señor su omnipotencia, y se verificará todo aquello que él le pidiere por la virtud y eficacia de su santo nombre; y entendidos estos milagros en sentido espiritual, no son menos admirables que lo que suena su letra, dice san Gregorio [4]. Cada día hace la Iglesia espiritualmente lo que hacia entonces corporalmente, siendo tanto mayores estos milagros que aquellos, cuanto va del espíritu al cuerpo. Los milagros corporales muestran por lo regular la santidad, pero no la causan; los milagros espirituales no de-

[1] Div. Paul. ad Rom. cap. 10, vs. 14 et 15.

[2] Div. Gregor. Hom. 29 in Evangel.

[3] Div. Jacob. Ep. cap. 2, v. 14.

[4] Div. Gregor. Hom. 29, n. 4.

notan la virtud de la vida, pero causan la gracia. Todos los milagros que predijo Jesús, se obraron en la primitiva Iglesia por los apóstoles y por otros esclarecidos varones que creyeron con viva y ardorosa fe, no solo para convertir á los infieles, sino para radicar mas en la fe á los que ya creían, conformándoles en ella con nuevos milagros; la que habiendo ya echado raíces y aumentándose, no es necesario que se hagan ahora con la frecuencia que entonces se hacían; pues basta leer solamente y oír lo que entonces sucedió, y prestarle entera y verdadera fe. Si se pregunta empero, ¿por qué los predicadores y fieles modernos no obran ahora los milagros que se obraban entonces? se responderá, dice el mismo san Gregorio, que estando ya la fe católica suficientemente probada por los milagros de Cristo y de sus apóstoles, no hay necesidad de que se reiteren otros milagros ni prodigios después de aquellos. Porque así como las plantas se riegan con frecuencia después que se plantaron para que echen raíces, pero después que las echaron ya no necesitan tanto riego, así tambien después que la fe de Cristo se plantó por todo el mundo y echó raíces profundas regada con la sangre de los apóstoles, que confirmaron su fe y la predicacion de su doctrina con los milagros que obraron, ya no hay necesidad de que se repitan otros nuevos. Sin embargo, no puede negarse que en todos tiempos los ha obrado Dios para consuelo de los verdaderos fieles, porque los incrédulos siempre encuentran motivos especiosos y aparentes para contradecirlos ó negarlos, y sacan el tósigo de la muerte y de la condenacion eterna, donde otros sacan la esperanza de salud y de su vida.

Comiendo estaba aun Jesús con sus apóstoles, y semejante al amo prudente que teniendo que ausentarse por mucho tiempo de su casa dispone y ordena á sus criados aun las cosas al parecer mas pequeñas é insignificantes, á fin de que todo marche en su ausencia con el mayor concierto y armonia, les mandó que no se ausentasen de Jerusalem, sino que esperasen allí el cumplimiento de la promesa del Padre, que oísteis les dijo, de mi boca; porque Juan bautizó en verdad con agua, mas vosotros sereis bautizados en el Espíritu Santo dentro de muy pocos días. Significó el Señor á los apóstoles de un modo terminante y claro los designios de su volun-

tad; porque así como él había empleado toda su vida en la grandiosa obra que le había encomendado su Padre, así quería también que en la de sus apóstoles y discípulos no hubiese ni instante vano, ni palabra vana, ni paso inútil, ni cosa que desdijese de la alteza, importancia y dignidad de su ministerio, después que recibiesen el Espíritu Santo, puesto que ya habían visto perfectamente formada la indestructible cadena que debía servirles de afianzamiento para levantar el suntuoso edificio de la Iglesia, el cual había de durar hasta la consumación de los siglos; ó lo que es lo mismo, habían visto cumplidas las profecías, esplanadas las Escrituras, reiteradas las apariciones, y anunciados los grandes misterios hasta entonces ocultos y escondidos, cuya pública revelación les había de merecer la persecución, los tormentos y la muerte con que serían martirizados y coronados. Que en viniendo empero el Espíritu Santo, recibirían de él la fortaleza necesaria para llevar adelante su empresa, á pesar de la fiera obstinación de sus adversarios, é igualmente el espíritu de la sabiduría para confundir la de los sabios y prudentes según el mundo, que confiados en sus astucias y sutilezas, despreciaban la humilde credulidad de los pequeñuelos. Y por último les demostró, que el bautismo de Juan no había sido más que un sacramento preparatorio por medio de la penitencia de que en él se hacía pública profesión, pero puramente significativo de la fe del Mesías que aun estaba oculto, y de la santidad del bautismo cristiano, que era un sacramento que santifica por la fe, que obliga á seguir de todo corazón el Evangelio, y que representando la muerte y resurrección de Jesucristo, nos aplica su virtud y sus méritos.

Algunos de los que se hallaban allí presentes, animados aun de groseras y terrenas esperanzas, se atrevieron á preguntarle, y le dijeron: Señor, vos habláis de subiros al cielo y de dejarnos; para consolarlos nos hacéis grandes promesas; ¿será por ventura este el tiempo en que restableceréis la gloria del reino de Israel, y la independencia y libertad de vuestra nación? Bien sabía Jesús que dentro de pocos días no hablarían sus discípulos este lenguaje, y se contentó con decirles: No os toca á vosotros saber el tiempo y los momentos, cuyo conocimiento se ha reservado mi Padre, y de que

usará según su poder. Lo que fué decirles: A vosotros no os pertenece saber las cosas futuras, que están reservadas precisamente á la disposición de Dios, de cuyo número es el restablecimiento de ese reino por el que vosotros preguntáis. Vosotros pedis una restitución carnal, temporal y terrena; y solo mi Padre sabe si será así, ó si será una restitución espiritual, cuando cerca el fin de los siglos los judíos creerán en Cristo que fué su Rey, y sin embargo le crucificaron. Nada os importa por tanto la investigación de estos secretos, procurad ser solícitos solamente de lo que os interesa; porque es una muy punible temeridad querer escudriñar lo que Dios ha de hacer, con el fin de saciar la humana curiosidad. Vosotros recibiréis la virtud del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros, y con ella seréis purificados y fortalecidos, para que podáis pronunciar mis palabras y llevar á todo el mundo mis doctrinas. Esta virtud omnipotente, porque es la emanación de Dios, os mudará en otros hombres, y seréis capaces de servirme de testigos en Jerusalén, en Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra.

¡Oh! ¡Y cuán admirables son las misericordias de Dios! ¡Cuán grandes é incomprensibles los designios de su Providencia! ¡Jerusalén! Jerusalén, teatro funesto de tantas atrocidades, tropelías y excesos sacrilegos, lo había de ser también dentro de pocos días de la majestad y grandeza de Dios; si bien por el apedreamiento de Esteban y la muerte de Santiago, habían de salir de ella repentinamente los apóstoles para ir á predicar á los confines de Judea, luego á Samaria, y después hasta el fin del mundo. ¡Quién lo creyera! Pedro, aquel Pedro que tembló á la vista de una mujerzuela y negó á Maestro divino, ¿este ha de ser el primer anunciador de la gloria de su resurrección ante los mismos que le crucificaron, y no ha de temblar? ¡Tomás! ¡Aquel mismo Tomás que no quiso creerle hasta que le tocó con su propia mano, este ha de ser uno de los compañeros de Pedro, y predicador de la grandeza y magnificencia de Cristo delante de la Sinagoga? ¡Los apóstoles, todos fugitivos y ocultos la noche de la pasión de Jesús, han de salir juntos en el mismo día y hora del retiro del cenáculo por las calles y plazas más públicas de Jerusalén anunciando las glorias del Crucificado, y han de recorrer provincias y reinos lejanos para divulgar

los frutos de esta misma pasión, teniéndose por dichosos de ser mortificados y castigados en los tribunales del mundo por haber dado testimonio de la verdad? En verdad que esta es obra del dedo de Dios; esta es la mudanza que produjo la virtud de la diestra del Excelso.

Cumplíronse ya de lleno los bellos y elegantes cuadros que tan anticipadamente y con tanta precisión retrató el profeta Isaias [1]. ¿Quién ha creído ó quién creará nuestro anuncio? ¿Y á quién ha sido revelado ese Mesías, brazo ó virtud del Señor? El crecerá á los ojos del pueblo como una humilde planta, y brotará como una raíz en la tierra árida. Nosotros le vimos; y aunque no era galán ni bello, sino que estaba afeado, robó sin embargo nuestros afectos. Vimosle despreciado, varón de dolores, y su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado; reputado como un leproso, herido por la mano de Dios y humillado; flagado por nuestras iniquidades y despedazado por las maldades nuestras; ofrecido en sacrificio, porque él mismo así lo quiso, no abrió su boca para quejarse; conducido á la muerte sin resistencia como la oveja al matadero, guardó silencio á la presencia de sus verdugos como mudo está el tierno corderillo á la del tundidor que le esquila; y después de sufrida la opresión fué levantado en alto. ¿Pero la generacion suya, quién podrá explicarla? Arrancado ha sido de la tierra de los vivientes; para expiación de mi pueblo le he herido, dice el Señor. Y en recompensa de bajar al sepulcro le concederá Dios la conversion de los impíos; tendrá por precio de su muerte al hombre rico, porque él no cometió pecado, ni jamás cupo el engaño en sus palabras. Luego que él ofrezca su vida como hostia por el pecado, verá una descendencia larga y duradera, y por medio de él será cumplida la voluntad del Señor. Verá el fruto de los afanes de su alma y quedará saciado: este mismo *Justo*, mi siervo, justificará á muchos con su doctrina, y cargará sobre sí los pecados de ellos. Por tanto, le daré como porción ó herencia suya una gran muchedumbre de naciones; y repartirá los despojos de los fuertes, porque entregó su vida á la

[1] Isaias, cap. 53, vs. 1 et seqs.

muerte, y fué confundido con los malvados, y tomó sobre sí los pecados de todos, y rogó por los transgresores.

Confróntese este capítulo de Isaias con toda la sacratísima vida, pasión y muerte de Jesús; cotejense las últimas palabras pronunciadas por el Salvador á sus apóstoles: *Y me seréis testigos en Jerusalem, y en toda la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra*; con las que salieron de la boca del profeta cerca de ochocientos años antes que Jesucristo viniese al mundo, *el Justo justificará á muchos con su doctrina, y le daré como porción y herencia suya una gran muchedumbre de naciones, y repartirá los despojos de los fuertes*; y confróntese después con una y otra profecía la extension y el dominio de la Iglesia, objeto de entrambas, por todo el universo, el poder irresistible que ejerce en el corazon de los verdaderos creyentes, el progreso rápido que hizo en su principio, y el que ha hecho en la serie sucesiva de los siglos, á pesar de las horrendas persecuciones de los tiranos, de las execrables blasfemias de los hereges, y de la guerra sin descanso ni tregua que le ha hecho el infierno, y se verá si tuvieron desde su principio, si tienen en el dia, y si tendrán hasta el fin del mundo, su debido cumplimiento. ¿Por qué desgracia no han de leer los incrédulos los libros santos? ¿Por qué fatalidad no han de tomarse el trabajo de confrontar las predicciones con los sucesos que se verificaron y vienen verificándose sucesivamente para justificar la santidad de la Iglesia y la divinidad de la religion adorable del Crucificado? ¿Qué mengua! ¿Qué confusion! ¿Qué ignominia y afrenta para los espíritus fuertes, para los sabios y presuntuosos del mundo, no poder destruir la obra que el Maestro celestial confió á unos pobres pescadores, y que siempre han venido sosteniendo los pequeños y débiles contra la desesperada rabia de los poderosos y fuertes? Desengáñense siquiera una vez y por la paz y bienestar de los pueblos y naciones, que tanto dicen desean depongan su incredulidad necia, y entren de buena fe en el camino recto y seguro que la religion les traza, si quieren asegurar la felicidad inmarcesible.

Apenas acabó el Señor de pronunciar aquellas palabras de tanto consuelo para sus apóstoles y para toda la Iglesia, cuando se levantó y condujo á su amada compañía para las inmediaciones de

Bethania hasta cierto paraje del monte de las Olivas, monte de los mas tristes y de los mas gloriosos recuerdos; y extendiendo su mano sobre ellos para bendecirlos, se fué elevando suavemente delante sus ojos, insensiblemente le fueron perdiendo de vista, lo escondió una nube, subió hasta lo mas alto de los cielos, y con aclamaciones de toda la milicia celestial fué á tomar asiento á la diestra de su Padre. Jamás se vió en el mundo espectáculo tan grandioso y admirable. Consumó el Rey de la gloria la grande expedicion á que lo habia enviado su Eterno Padre. Venció muriendo en durísima lid, al príncipe infernal que se habia abrogado el poder del mundo; arrancóle no solo el cetro de la mano, sino aquellas almas justas que gemian como en dura cautividad; sacólas del limbo y las llevó como trofeos de su triunfo al reino de su Padre; y los príncipes celestes, las potestades sublimes, las encumbradas dominaciones y todas las virtudes de los cielos salieron á recibirle; y al ver tanta majestad y grandeza, no pudieron menos de clamar y decir: Levantad, oh príncipes, vuestras puertas, y elevaos vosotras, oh puertas de la eternidad, y entrará el rey de la gloria, el Señor fuerte y poderoso en las batallas [1], el Señor de los ejércitos, ese que es el Rey de la gloria.

Los apóstoles, que no tenían ni la inteligencia, ni la pureza, ni la nobleza de aquellos espíritus, pero á quienes el Espíritu de Dios queria inspirar la mas grande y sublime que jamás tuvo criatura alguna sobre la tierra, y que en el estado de santa contemplacion en que habian quedado no se habian de preparar para recibirlo, vieron junto á sí dos ángeles bajo la figura humana, vestidos de blanco, los que le dijeron: Varones de Galilea, ¿qué haceis en este lugar mirando hácia el cielo? Este Jesus, vuestro Salvador y nuestro Dios, que acaba de subir en vuestra presencia, volverá algun dia, segun os tiene profetizado. ¡Oh, si tuviéramos siempre en la memoria este instante precioso en que sube Cristo á tomar posesion de todos los derechos á la derecha de su Eterno Padre! Se elevó para cumplir con su fidelidad propia todas las profecías, para llenar nuestros corazones de su Espíritu, toda la Iglesia de sus dones, la

[1] Ps. 22, vs. 7 et seqs.

tierra de la grandeza de su nombre, y el cielo de su gloria y de su presencia; porque ya quedaba el infierno confundido y sujetado con su poderío, y el mundo con el testimonio de sus palabras y predicciones, de sus milagros y de sus misterios; pues él mismo, hablando con Nicodemo, le declaró tan ciertamente el misterio de su gloriosa ascencion á los cielos, que lo pintó como un acontecimiento ya verificado, diciendo [1]: Nadie subió al cielo sino el que descendió del cielo, á saber, el Hijo del hombre que está en el cielo. Cuando después de haber multiplicado los panes y peces enseñó á sus discípulos el adorable misterio de la transustanciacion en la Sagrada Eucaristia, y algunos de ellos se escandalizaron, no les dijo [2]: ¿Esto os ofende y escandaliza? ¿Pues qué será cuando viéreis al Hijo del hombre subir donde antes estaba? Y en la noche de su juicio interrogado por el sumo sacerdote para que le diga si él es Cristo Hijo de Dios vivo, no le responde [3]. Aun os digo que de aquí á poco tiempo habeis de ver venir al Hijo del hombre asentado á la diestra de Dios omnipotente y venir sobre las nubes del cielo.

Y sobre todo, no habia dicho á su mismos apóstoles con toda claridad y precision [4]: ¡Salid del Padre y vine al mundo; ahora deo al mundo y vuelvo otra vez al Padre! Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazon se ha llenado de tristeza; mas yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy el Consolador no vendrá á vosotros; mas si yo me voy, os lo enviaré. Aquel Consolador, el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas que yo os he dicho [5]. Cuando viniere el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí y os enseñará toda verdad.

Aparecieron por consiguiente los ángeles como casi en todos los misterios del Hijo de Dios, y como aparecerán tambien en su segunda venida, y recordaron á los apóstoles el cumplimiento de sus deberes, los que habiendo adorado por segunda vez con la mayor humildad á su divino Maestro, partieron del monte con la mayor

[1] Evang. Joann. cap. 3, v. 33.

[2] Idem cap. 6, vs. 62 et 63.

[3] Math. cap. 26, v. 64.

[4] Joann. cap. 16, v. 28.

[5] Joan. cap. 14, v. 26.

alegría y fueron á encerrarse en la casa donde posaban desde su arribo á la ciudad. San Lúcas refiere cuidadosamente los nombres de los once que se reunieron, y nos dicen que eran: Pedro, cabeza de todos, Juan, Diego, Andrés, Felipe, Tomás, Bartolomé Mateo, Jacobo, hijo de Alpheo, Simon, por sobrenombre Zelotes, y Judas, hijo de Jacobo [1], los que retirados allí no salían sino para encaminarse al templo, preparándose como verdaderos israelitas para la celebracion de la Pascua de Pentecostés; por lo que ni su reunion, ni su presencia causaba recelos á los miembros de la Sinagoga y á los judíos incrédulos. Su oracion era continuada y sobremanera fervorosa, pidiendo al Señor unánimes y conformes, el cumplimiento de sus promesas. La Madre de Jesús presidía y autorizaba estos actos de adoracion y amor de la Iglesia naciente, y á ellos asistían, con no menos fervorosa esperanza, las santas y piadosas mujeres, y los que se llamaban parientes de Jesús. Cuales serian los consuelos y dulzuras interiores con que el Señor los alentaria en aquel retiro, puestos bajo la proteccion y tutela de su Madre santísima y purísima, es mucho mas facil de conocer, y aun de comprender que de explicar; y mas conociendo el Señor que la mayor parte de aquellas personas eran aun flacas, tímidas y aun poco ilustradas, y que habian de ser los fundadores de la nueva Iglesia y los primeros héroes del cristianismo; por consiguiente, es preciso confesar que solo el Señor, conocedor de todas las necesidades y reparador de todos los consuelos, que conocia bien aquellas y que era el único que podia socorrerlas, les llenaria de todos los que necesitaban para permanecer tranquilos y firmes hasta que bajase sobre ellos el Espíritu de fortaleza y el amor, y saliesen del Cenáculo anunciando á Jerusalem, á la Judea y al mundo todo, el glorioso triunfo de aquel á quien habian crucificado, confirmando su predicacion y doctrina con portentos y milagros.

Si pues los hijos de Israel, y Moisés, y María su hermana, después del tránsito del Egipto, entonaron al Señor un cántico de alabanza para enfervorizar el corazon del pueblo y excitarle á la mas sincera gratitud y á la mas fervorosa accion de gracias hácia aquel

[1] Actor, cap. 1, v. 13.

gran Dios que lo habia redimido y salvado de la dura esclavitud de Egipto, el pueblo cristiano y fiel, redimido y salvado por Jesús de la durísima esclavitud del infierno y de la condenacion á la muerte eterna, pasado y superado el mar rojo de su pasion y muerte, viendo que ha subido triunfante y vencedor á los cielos, llevando consigo la multitud cautiva que tenia el príncipe de las tinieblas, por cuya razon no se oye en el cielo sino el mas sonoro y armonioso cántico de alabanza, que repite sin cesar: *Digno es el Cordero que fué sacrificado de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria, y la bendicion.* Y todas las criaturas que hay en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y las que hay en el mar, y cuantas hay en todos los lugares, todas repitieron: *Al que está sentado en el trono y al Cordero bendicion, y honra, y gloria, y potestad por los siglos de los siglos* [1]. *El reino de este mundo ha venido á ser reino de nuestro Señor y de su Cristo; y destruido ya el pecado, reinará por los siglos de los siglos. Amen* [2]. Justo es, muy justo y debido, que todos los que fuimos redimidos con la sangre de este mismo Cordero, todos los que por medio del bautismo hemos sido llamados á la altísima dignidad de hijos suyos y herederos de su reino, miembros por tanto de esta Iglesia santa, depositarios de su preciosísimo cuerpo y sangre, y de los méritos infinitos de su sacratísima pasion y muerte, que se nos comunican por medio de los Sacramentos, le entoaemos tambien por conclusion de este nuestro pequeño é insignificante trabajo, en protextacion de nuestra mas sincera gratitud y reconocimiento, y en accion de gracias de las grandes é inmensas misericordias que por sola su bondad con nosotros ha usado, el mismo cántico con que el Salmista rey describió su admirable ascension á los cielos, profetizó la vocacion de los gentiles y deseó excitar en el corazon de todas las criaturas los mas sublimes y entusiastas afectos de alegría y gratitud.

Gentes todas del universo, naciones todas de la tierra, palmo-tead y aplaudid el triunfo del Señor; cantad alegres á Dios himnos

[1] Apocalip. cap. 5, vs. 12 et 13.

[2] Ibid. cap. 11, v. 15.

de alegría, de loor y alabanza con voces de júbilo. Porque excelso es el Señor y terrible, está sentado sobre los querubines y hace á todos sus ministros como llamas de fuego ardiente; es el Rey grande sobre toda la tierra; es el Rey de los reyes, el Rey inmortal de los siglos, y cuya voluntad suprema no puede contradecirse. Como habia de dar extension y dominio á su Iglesia, cumplió fielmente su promesa, y sometió á ella los pueblos, y puso á sus piés las naciones. Eligió á los apóstoles por herencia suya; porcion bella de Jacob, á quien habia amado, y á todos los que en pos de ellos vinieron creyendo en las extremidades del orbe y hasta la consumacion de los siglos. Ascendió Dios á los cielos, de donde vino para redimirnos, acompañado de millares de santos, entre las voces del contento y el júbilo y al son de sonoros clarines. Cantad, pueblos de la tierra, loores á nuestro Rey. Porque Dios es el Rey de toda la tierra, cantadle salmos sabiamente. Dios, sentado sobre su santo solio, ha de reinar sobre todas las naciones. ¡Ah! sí, vendrá el día dichoso; llegará el apetecido y venturoso día en que los príncipes de los pueblos gentiles é idólatras depondrán sus errores, y los incrédulos y hereges su ceguedad y obstinacion; se reunirán con el Dios de Abraham; entrarán en el seno de la Iglesia santa, se hará la paz en toda la tierra por la fuerza irresistible de su gracia, no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor, porque Dios es el Dios protector de la tierra, y ha sido en gran manera ensalzado. ¡Oh Señor! Acelera notablemente este plazo, destierra de entre nosotros el espíritu de la turbulencia y el error, y concede á esta nacion fiel, y á todos los que renacimos y fuimos reengendrados con las aguas saludables del bautismo, el espíritu de la fe, de la caridad y de la paz, para que unidos con estos vínculos santos lleguemos á formar tu verdadero pueblo en la tierra, y al salir subamos á gozar de tu amable compañía con la de tu Madre santísima y de todos los ángeles y santos de tu reino dichoso y eterno. Amen.

ORACION.

¡Oh Jesús dulcísimo! Salvador y Redentor de todos los que á tí acuden é imploran tu misericordia y clemencia: en quién hemos de

poner nuestra esperanza sino en tí, que puedes abrir el corazon á tu palabra, y juntamente con la fe inspirar amor á las verdades de la salud: ya que resucitando de entre los muertos subiste á la diestra de tu Padre para abrirnos las puertas del cielo que estaban cerradas por el pecado del hombre, atrae hácia tí nuestro entendimiento, para que solo á tí ardentemente deseemos y busquemos. Danos el que todo nuestro deseo y cuidado sea dirigirnos hácia el lugar donde firmemente creemos que subsiste, para que la miseria que por todas partes nos rodea, solo afecte nuestro cuerpo, y contigo estén siempre nuestro entendimiento y todos los afectos de nuestro corazon; porque tú solo eres nuestro tesoro apetecible y amable. Llévanos en pos de tí, para que subiendo por tu gracia de virtud en virtud, á tí solo, Dios de los dioses, consigamos ver y gozar en la santa Sion, donde eternamente habitas. Amen.

NOTA. La historia del presente capítulo corresponde al XVI de san Marcos desde el versículo 14 hasta el 20, ambos inclusive.

La Iglesia lo usa como Evangelio de la misa del día de la Ascension. Dice así:

EVANGELIO DE LA MISA DEL DIA DE LA ASCENSION DEL SEÑOR.

San Marcos, cap. XVI, vs. 14 al 20.

En aquel tiempo, estando sentados á la mesa los once, se les apareció Jesús, y les afeó su incredulidad y dureza de corazon, porque no dieron crédito á los que le habian visto resucitado, y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura. El que creyere y fuere bautizado será salvo; mas el que no creyere será condenado. Y estas señales se acompañarán á los que creyeren: en mi nombre lanzarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, quitarán serpientes, y si bebiesen alguna cosa mortal no les dañará: pondrán las manos sobre los enfermos, y quedarán sa-

nos. Y el Señor Jesús, después que les habló, fué recibido arriba en el cielo, y está sentado á la diestra de Dios. Y ellos salieron y predicaron en todas partes, obrando el Señor con ellos, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban.

Todo lo que está escrito en esta obra lo sujeto humildemente al juicio de los sabios y á la correccion de nuestra santa Madre la Iglesia.

Antonio Roselló y Sureda, presbítero.

FIN DEL TOMO III Y DE LA OBRA.



INDICE DE LO CONTENIDO EN ESTE TERCER TOMO.

	PAGS.
CAPITULO I.—Declara Jesucristo á los judíos su divina mision, su eternidad y otras verdades, y quieren apedrearle,	3
CAPITULO II.—Cura Jesús á un ciego de nacimiento, examínale los escribas y fariseos, y reprende el Salvador su infidelidad y dureza,	36
CAPITULO III.—Explica Jesús con una parábola á los escribas y fariseos el carácter y propiedades de un buen pastor, y representa la diferencia que hay entre él y el jornalero,	56
CAPITULO IV.—Asiste Jesús á la fiesta de las Ensinas ó de la dedicacion del templo; declara á los judios quien es, y quieren otra vez apedrearle,	72
CAPITULO V.—Defiende el Salvador á sus discipulos de las calumnias de los escribas y fariseos, y condena las tradiciones humanas, y las prácticas supersticiosas que no están en armonia con los preceptos de la religion,	84
CAPITULO VI.—Cura el Señor á la cananea, á un sordo y mudo, y con siete panes y unos pocos peces alimenta cuatro mil hombres.	99
CAPITULO VII.—Manda Jesús á sus discipulos que se guarden de la mala levadura; da vista á un ciego en el camino de Betsayda, y	

- habiendo llegado á Cesarea de Filippo elogia y premia la fe de san Pedro, y exhorta á sus discípulos á que le oigan é imiten los ejemplos de su pasión, , , , , 128
- CAPITULO VIII.**—Transfiguracion de Jesús en el monte Thabor, en la que se muestra gloriosa á tres de sus discípulos; y al día siguiente al bajar del monte sana á un lunático y endemoniado que aquellos no habian podido curar por falta de fe, , , , , 153
- CAPITULO IX.**—Al pasar Jesús por Galilea anuncia claramente á sus discípulos su pasión, muerte y resurrección: llegado á Cafarnaum mandá á Pedro pagar el tributo de las dos dracmas, y dirime después la disputa sobre la primacía, , , , , 183
- CAPITULO X.**—Prohíbe Jesús á sus discípulos se opongan á cierto hombre que expelia los demonios en su nombre, aunque no era del número de aquellos: les da lecciones de modestia y humildad, y les manda no escandalicen ni desprecien á los pequeñuelos; amenazando con un espantoso castigo á los que tal hicieren, y al fin publica su infinita misericordia con las tres parábolas de la oveja y de la dracma perdidas, y del hijo pródigo, , , , , 196
- CAPITULO XI.**—Enseña Jesucristo el modo como se ha de verificar la correccion fraterna; declara la obligacion de perdonar las injurias hasta setenta veces siete, y propone la parábola del rey que pidió cuentas á sus criados, , , , , 227
- CAPITULO XII.**—Satisface cumplidamente Jesús á la pregunta maliciosa de los fariseos cuando le preguntan sobre los motivos del repudio; se le presentan unos pequeñuelos para que los bendiga, y manda no se les prohiba se acerquen á él; y respondiendo después á la pregunta de un jóven, declara en qué consiste la perfeccion de la pobreza, , , , , 247
- CAPITULO XIII.**—De los doce consejos Evangélicos; de la dificultad é imposibilidad de entrar los ricos en el reino de los cielos, y del premio de los que lo dejan todo por seguir á Cristo, , , , , 268
- CAPITULO XIV.**—Conduce el padre de familias obreros á su viña y á todos paga igualmente; un hombre rico pide cuentas á su mayordomo, y el mal rico es sepultado en el infierno, mientras Lázaro el mendigo es colocado entre los amigos de Dios, , , , , 282
- CAPITULO XV.**—Resucita el Señor á Lázaro, conjúranse contra él los pontífices y fariseos, y vaticina Caifás la conveniencia de su

- muerte, , , , , 323
- CAPITULO XVI.**—Cura el Señor á diez leprosos; los samaritanos se niegan á recibirle, , , , , 347
- CAPITULO XVII.**—Contesta Jesús á la peticion de la madre de los hijos del Zebedeo; da vista á un ciego antes de entrar en Jericó, llama después á Zaqueo, y al salir de dicha ciudad ilumina á otros dos ciegos, , , , , 356
- CAPITULO XVIII.**—Es recibido Jesús en el castillo de Bethania por Marta y María, y convidado á comer en casa por Lázaro su hermano derrama María el unguento sobre su cabeza, , , , , 376
- CAPITULO XIX.**—Entra Jesús triunfante en Jerusalem sentado sobre una jumentilla; y aunque es bien recibido, llora después sobre la ciudad, presagiando su ruina, , , , , 387
- CAPITULO XX.**—Arroja Jesús segunda vez á los que compran y venden en el atrio del templo; echa la viuda dos monedas de cobre en el gazophilacio, y explica la parábola del fariseo y el publicano, 406
- CAPITULO XXI.**—Maldice el Señor una higuera porque no halló fruto en ella; parábola del grano de trigo, y del destronamiento del príncipe de este mundo, , , , , 423
- CAPITULO XXII.**—Confunde Jesús á los escribas y fariseos en todas las preguntas que se le hacen, y les presenta la parábola del padre de familias que plantó su viña y la arrendó á unos colonos que después asesinaron al legítimo heredero, , , , , 443
- CAPITULO XXIII.**—Un hombre rico convida á varios á las bodas de su hijo; unos se excusan y otros resisten acudir al festin: el que se presenta sin el vestido de la boda es arrojado fuera. Contesta después Jesús satisfactoriamente á la cuestion que le presentan sobre la paga del tributo, y á la de la mujer que tenia siete maridos, y satisface la peticion del fariseo que deseaba saber cuál era el primero y grande mandamiento de la ley, , , , , 464
- CAPITULO XXIV.**—Declara Jesús que se han de oír las doctrinas de los escribas y fariseos, pero que no se han de imitar sus obras, y á quiénes se dará la sentencia de condenacion eterna, , , , , 492
- CAPITULO XXV.**—Predice el Señor las señales que precederán á su última venida, y á la consumacion del siglo; declara la venida al mundo y la persecucion del Antecristo; con varias parábolas avisa á sus apóstoles para que estén prevenidos, y les anuncia des-

- pués su aparición como Juez de vivos y muertos, y lo que entonces se ha de verificar, 507
- CAPITULO XXVI.—Empieza la pasión de Jesús, 550**
- § 1.º Concilio tenido en Jerusalem contra Jesús, y resolución de prenderle y matarle, Id.
- § 2. Come Jesús en Bethania en casa de Simon el leproso, y una mujer derrama sobre su cabeza un exquisito bálsamo, 553
- § 3. Pacta Judas con los escribas y fariseos por un precio determinado la venta de su Maestro, 556
- § 4. Envía Jesús á dos de sus discípulos á Jerusalem para preparar las cosas necesarias para la celebración de la Pascua, 559
- § 5. Come con sus apóstoles la cena legal, y les declara que uno de ellos lo ha de vender y entregar, 562
- § 6. Lava los pies á sus apóstoles, 565
- § 7. Cena eucarística ó institución del santísimo Sacramento de la Eucaristía, 569
- § 8. Aclaraciones importantes de Cristo, y fervorosas súplicas á su Eterno Padre, 576
- § 9. Sale del Cenáculo y se encamina al huerto de Gethzemani ó de las Olivas, 598
- § 10. Jesús en el huerto hasta su prisión, 602
- § 11. Jesús es presentado á Anás, 610
- § 12. Jesús en casa de Caifás y ante el consejo de los ancianos: negacion de san Pedro, 614
- § 13. Es presentado Jesús á Pilatos, y por este es remitido á Herodes. Judas se arrepiente y se ahorca, 620
- § 14. Devuelve Herodes el Salvador á Pilatos, el que hace algunos esfuerzos aunque débiles para salvarlo. Sufre un nuevo interrogatorio; es azotado, coronado de espinas, vestido con una púrpura de escarnio, pospuesto á Barrabás, y por último condenado á muerte afrentosa de cruz, 629
- § 15. Sale Jesús de Jerusalem llevando la cruz á cuestas; en su marcha al calvario profetiza la ruina de la ciudad ingrata, y luego que llega al lugar del suplicio es crucificado entre los dos ladrones que le acompañan, 641
- § 16. Clavado el Salvador en la cruz es escarnecido é insultado por sus enemigos: pronuncia desde ella siete palabras misteriosas,

- después de las que entrega su espíritu en manos de su Eterno Padre, 649
- § 17. Sucesos extraordinarios que se verificaron en la muerte de Jesús: pide José á Pilatos el cuerpo del Salvador; y bajado de la cruz es depositado en los brazos de santísima Madre, y después es sepultado, 669
- § 18. Desciende el alma de Jesucristo á los infiernos á consolar la de los justos que esperaban su santo advenimiento, 682
- CAPITULO XXVII.—Resucita Jesucristo de entre los muertos, y los guardias del sepulcro huyen poseidos de temor y espanto. Aparece en el mismo dia, primero á su Madre, después á María Magdalena, luego á las piadosas mujeres, y por último á los discípulos que desde Jerusalem marchaban á Emmaus, 695**
- CAPITULO XXVIII.—En el mismo dia de su triunfante resurreccion aparece el Salvador á sus apóstoles después de anochecido, estando encerrados en el Cenáculo, faltando empero Tomás: operacion que repite ocho dias después en el mismo parage cerradas tambien las puertas, estando á la vez Tomás con ellos, 720**
- CAPITULO XXIX.—Reúnense los discípulos en el monte segun el mandato de Jesús, y allí les aparece: y después les manifiesta otra vez en la ribera del mar de Tiberiades ó lago de Genezareth, 732**
- CAPITULO XXX.—Déjase ver Jesús por última vez de todos sus apóstoles y discípulos en Jerusalem, y después de haber conversado y comido con ellos, los condujo hácia Bethania, donde bendiciéndoles, se elevó majestuosamente á su vista y subió á los cielos con su propia virtud y poder, 750**

